

## ADIOS A LAS LETRAS

### Barran de las calles a los escritores

*E ha parecido muy bien que cierta localidad vasca haya decidido barrer de una de sus calles el nombre del escritor castellano Miguel de Cervantes Saavedra, autor, entre otros libros de cierta difusión internacional, de Los trabajos de Persiles y Sigismunda.*

Otras enciclopedias recogen que Cervantes también escribió el Quijote, aunque ésta puede ser conceptuada como una obra menor, cuya traducción a todos los idiomas del mundo, incluido el inglés y el suajili, ha sido un accidente, de los numerosos e inexplicables que se suceden en la historia de la literatura.

Miguel de Cervantes no merece, en realidad, ni una calle, ni un callejón, ni una acera. En El Toboso, donde se supone que conoció a Dulcinea, llenaron de rótulos las callejuelas manchegas, blancas y desnudas como los hijos de la mar. Ya se darán cuenta los toboseños de su tremendo error, ya saldrán de su duda existencial sobre la razón que tuvieron al creer, insensatamente, que homenajearan a un gran escritor.

Ni los toboseños ni el resto de los españoles que hasta ahora han mantenido en sus calles, avenidas y plazas el nombre de Miguel de Cervantes han sabido que homenajearan, en realidad, a un paria de las letras, que vivió utilizando una lengua imperial y deshonestista, un verbo que menciaba, con su sola pronunciación, la entidad más vibrante de los pueblos.

Miguel de Cervantes, muy astuto, era consciente de su tremenda fechoría. El Quijote, por ejemplo, fue su principal montaje a ese nivel. Lo escribió para favorecer a la clase opulenta, para engordar a los colonialistas, para reducir a cero a los que entonces, zaheridos y ateridos de frío en las distintas nacionalidades y regiones, trataban de expresarse en otras lenguas.

Con el Quijote, el conocido escritor logró su propósito. ¡Pues no le iba a lograr! Nunca nadie favoreció tanto la idea del Imperio como ese autor en ese libro.

Pero no se piense que ha sido Cervantes sólo el que se ha hecho acreedor de las iras de quienes barren los nombres de escritores de las calles del mundo. En realidad hubo muchos más, lo que ocurre es que el manco de Lepanto, precisamente por esa falla física, ha sido el más notorio. A Cervantes no sólo le falta ahora el brazo, sino que también le falta una calle en Euskadi.

Debió ser una política general la seguida hasta ahora exclusivamente por la localidad vasca en la que Miguel de Cervantes ha sido borrado del mapa.

Y no debe ser sólo Cervantes el escritor defenestrado de las esquinas nobles de las calles. Han de ser todos, porque comprobado está que los escritores son aquellos seres que de modo más deleznable hacen uso de la existencia de la lengua y de las aceras.

*La operación limpieza debería extenderse, asimismo, a otros creadores, intelectuales, toreros, personajes de la historia filosófica, botánicos, inventores, santos, esquizofrénicos y asmáticos, siempre que su actividad haya ido aparejada a las innobles tareas de usar la lengua para provecho propio y ajeno. La lengua, el uso de la lengua, debe ser el primer cargo contra el personaje que aspira, aunque sea póstumo e involuntariamente, a encabezar una hilera de casas, a presidir una plaza o a tener una placa junto a cualquier fuente.*

*En Murcia han sido muy sabios al presentar reticencias ante Gabriel Miró, un literato cuyo delito, de nuevo, ha sido el de usar la lengua con una pulcritud inadmisibles. En los Países Catalanes, y en Figueras más concretamente, los sabios del lugar también se mostraron especialmente cautos a la hora de establecer si Salvador Dalí merece o no estar en una de las placas callejeras de la ciudad. La idea está corriendo como la pólvora: un día se darán cuenta de que esto es lo sensato y empezarán a barrer de los callejeros a todos aquellos intelectuales cuya sabiduría ha sido como veneno inyectado arteralmente en las entrañas urbanas de los pueblos.*

*Desterrar los nombres de los escritores, sugiero yo, y cambiarlos por los de los entrenadores de fútbol. Los vascos que han abolido a Cervantes tienen una oportunidad magnífica: sustituir el nombre del autor de Persiles por el del actual entrenador del Athletic de Bilbao, que es eslovaco.*

■ SILVESTRE CODAC.



Don Miguel de Cervantes Saavedra.

ta Tom Wolfe. Y nos habla también de los Angeles del Infierno, de los primeros 'hippies' y, en fin, de todo ese mundo que pululaba en los Estados Unidos a finales de los sesenta y que contribuyeron a cambiar efectivamente toda una cultura. Está narrado de una forma extraña y entrecortada, muy alejada de la narración realista tradicional. Wolfe pretende —y en muchos momentos del libro lo consigue— transmitir un sentido del mundo, una visión de la realidad, sin limitarse a poner en escena unos personajes en un ambiente. ■ EDUARDO HARO IBARS.

### Introducción a la teología cristiana

Un seglar pensador especializado en cuestiones bíblicas —el mejor libro sobre el pensamiento hebreo lo escribió él— y con una orientación filosófica que supera el encasillamiento dentro de las escuelas escolásticas, hace este copioso estudio sobre el diablo (1).

Un libro profundo y claro que, en lenguaje sencillo, trata los principales temas de la teología haciendo un planteamiento, en parte filosófico y en parte histórico (recogiendo desde la Biblia hasta los autores actuales).

Parte con razón de la idea igniciana de Dios como principio y fundamento, aunque sin hacer alusión a su propugnador. El edificio de la creencia personal suele ser hoy de poco arraigo y permanencia —según el autor, y yo lo creo también así— porque los fieles han desvalorizado el fundamento racional (puesto al día por supuesto) de la fe.

Nada básico y permanente puede construir el hombre sin fundarlo en la razón personal, que luego deberá desarrollarlo vitalmente. Pero la vida sin razón es de poca consistencia, como vemos hoy en la crisis profunda que experimenta el catolicismo. Una serie de concesiones al emotivismo y al irracionalismo han hecho un flaco servicio a la fe cristiana. Se ha convertido ésta en una veleidad más, o en una moda al aire de los tiempos: ayer envuelta en conceptos y actitudes retrógradas, y hoy en una delicuescente imitación de los re-

(1) Por Claude Tresmontant. Ed. Herder. Barcelona, 1978.